

exclusiva posesion del consulado. El senado luchó durante diez años, pero la firmeza de Licinio y de su colega Sextio triunfó de su obstinada resistencia. Camilo sancionó la eleccion de Sextio, primer cónsul plebeyo, y dedicó un templo á la Concordia (366).

De modo que durante este primer período los plebeyos conquistaron la igualdad civil reconocida por las leyes de las doce tablas, la igualdad natural, haciendo abolir la ley que prohibia los casamientos de los patricios con los plebeyos, y la igualdad política participando del consulado como los nobles. Solo le falta conquistar la igualdad judicial y la igualdad religiosa; pero que pase otro medio siglo y la habrá obtenido.

COMPENDIO

DE

LA HISTORIA ROMANA.

PARTE SEGUNDA.

LA REPUBLICA (1).

SEGUNDO PERIODO.

Desde la guerra de los Samnitas hasta los Gracos. Conquista del mundo (342-134).

CAPITULO PRIMERO.

Guerras de los Samnitas. Conquista de la Italia central (2).

(342-283.)

Hasta aquí no hemos estudiado todavía mas que los tiempos heróicos de la historia romana. Los hechos no principian á perder su carácter mitológico y romanesco sino al principio de la guerra de los Samnitas. Todo lo que precede no es mas que un tiempo de formacion en que el pueblo ocupado exclusivamente de su constitucion se encierra en el Foro para defender sus derechos y libertad. Como ya lo hemos dicho es ciertamente un espectáculo magnífico el de

(1) Para mejor inteligencia de todas las guerras de la república véase el Mapa de los países bañados por el Mediterráneo.

(2) AUTORES QUE PUEDEN CONSULTARSE: Tito Livio, l. VII, VIII, IX y X. La primera decada de Tito Livio se termina despues de la tercera guerra de los Samnitas, y entonces principian los suplementos de Freinshemio, Michelet, *Historia Romana*; Dumont y todos los auteres modernos que ya hemos indicado.

una gran nación que se eleva y desarrolla bajo la acción constante de la Providencia, á pesar de las borrascas que promueven incesantemente en su seno las pasiones humanas. Pero el interés que se toma por estos principios tan débiles es siempre proporcionado á la misión que Dios ha dado al pueblo que se estudia. Ahora bien, de todos los imperios que llenaron el mundo antiguo con la fama de su nombre no hay uno solo que pueda compararse al imperio romano. El era el que, en el órden político, estaba llamado á preparar el mundo entero para recibir al Mesías. Debía reunir bajo su cetro todas las naciones, confundir en uno solo todos los idiomas, todas las legislaciones en una sola, y hacer de todos los reinos un solo imperio; esto es, la *unidad* en toda su fuerza y resplandor. Por eso vamos á verle desde ahora correr de conquista en conquista, y en el espacio de tres siglos dar leyes al Oriente y al Occidente.

§ I. Primera guerra contra los Samnitas y última guerra contra los Latinos (342-327)

Carácter de los Samnitas. Los Samnitas eran unos montañeses feroces, los cuales no conocían mas habitaciones que sus cabañas esparcidas entre las gargantas del Apenino. Pastores y guerreros al mismo tiempo, permanecieron entre sus rocas por muchos años, despreciando á los habitantes de las llanuras por su vida muelle y voluptuosa. Sin embargo, cuando llegaron á ser tan numerosos que ya no bastaban sus pastos para sus necesidades, se hicieron conquistadores y se precipitaron sobre los encantados valles de la indolente Capua. Las gentes de la llanura no pudieron resistir á su valiente audacia y la Campania mudó de señores; pero muy luego los feroces vencedores fueron vencidos por la dulzura del clima. Abandonaron sus costumbres de templanza y de trabajo, y bajo aquel hermoso cielo, se entregaron á la mollicie al cabo de pocos años, como los antiguos Campanios. Entonces sus hermanos de las montañas bajaron á turbar sus goces con sus bruscos ataques. Viéndose muy apurados acudieron al senado romano, y principió la gran lucha de Roma contra aquellos belicosos montañeses.

Guerra de Roma contra los Samnitas. No obstante el senado quiso, ante todo, dar una apariencia de justicia á sus agresiones. Cuando los Campanios vinieron á implorar su socorro, les representó que los Samnitas eran sus aliados, y que no

podía hacer armas contra ellos, á no ser que faltase á la fe del juramento. No bien se supo esta respuesta de los senadores, cuando algunos enviados campanios se echaron á sus piés, exclamando: *Nuestras tierras, nuestra ciudad, nuestros templos, nuestras personas, todo lo que nos pertenece, lo entregamos en vuestras manos, y os pedimos encarecidamente hagais respetar vuestra propiedad.* Esta concesión inesperada quitó todos los escrúpulos, y enviaron dos ejércitos contra los Samnitas. El cónsul Valerio condujo uno á la Campania, mientras que su colega Cornelio entró en el Samnio. Los Romanos no tardaron en apercibirse de que no tenían ya que habérselas con las poblaciones del Lacio. Valerio triunfó fácilmente de los Capuanos afeminados, mas Cornelio estuvo muy expuesto en las montañas de los Samnitas. A pesar de las brillantes victorias con que Tito Livio honra á los ejércitos romanos, se firmó la paz con condiciones igualmente ventajosas á los dos partidos. Roma conservó á Capua, y los Samnitas el país de los Sidicinos, esto es, la llanura que habían codiciado (342).

Rebelion de los soldados romanos (341). Los soldados romanos, que no habían gozado aun de las delicias de la Campania, se apasionaron de ella con alborozo, é idearon el medio de no dejarla jamás. Capua les parecía muy superior á Roma, y se preguntaban mutuamente por qué dejarían á los vencidos unos placeres que inútilmente buscarían en su patria. Se organizó una vasta conspiración bajo la impresion de este primer enajenamiento. El cónsul Rutilo la descubrió, y la hizo fracasar separando con destreza á los gefes. Cuando vieron los culpables que sus designios estaban descubiertos, creyeron que solo se salvarían por medio de la rebelion, y marcharon sobre Roma. Se despertó su patriotismo al ver el ejército que el senado envió á su encuentro. No pudieron resignarse á derramar la sangre de sus conciudadanos, depusieron las armas, y pidieron una amnistia, que el pueblo, enternecido por su arrepentimiento y sumision, se apresuró á concederles.

Sublevacion de los Latinos y de los Campanios (340). Esta

insurreccion de los soldados provocó una revolucion en el Lacio. Cuando todos estos pueblecillos vieron que Roma estaba dividida, pensaron que habia llegado el tiempo de declararse independientes. Llamaron pues á los Campanios á su socorro, y tuvieron la audacia de pedir á los senadores el derecho de sentarse con ellos en la curia, y de dividir el consulado con los Romanos. Esta proposicion enfureció de tal modo al cónsul Manlio, que exclamó mataría él mismo al primer Latino que encontrase en el senado. Todos los senadores participaron de su indignacion, y repitieron con él que semejantes pretensiones eran una impiedad y una blasfemia. El diputado de los Latinos, asustado de este tumulto, salió del senado fuera de sí mismo, de tal manera que cayó de lo alto de la escalera, y murió de resultas de la caida.

El orgullo de los Romanos habia sido herido profundamente por las peticiones de los enemigos. Asi es que todo el pueblo exclamó ; á las armas! con un entusiasmo frenético. Los dos cónsules Manlio y Decio Mus se pusieron á la cabeza de los ejércitos, y dieron órdenes muy severas para devolver á la disciplina todo el nervio y vigor de los primeros tiempos. Como los Latinos tenian las mismas armas, lenguaje é instituciones que los Romanos, se tomaron toda clase de precauciones para evitar toda equivocacion. Con este objeto se prohibió expresamente á todo soldado el combatir fuera de las filas sin el permiso de su gefe. El hijo del cónsul, F. Manlio, no habiendo escuchado mas que su valor y habiéndose batido con un Latino, fué despues directamente á la tienda de campaña de su padre para recoger sus elogios, mostrándole los despojos del caballero enemigo á quien habia derribado. Mas olvidando el bárbaro Romano que era padre, y escuchando solamente sus deberes de cónsul, mandó á sus lictores que hendiesen la cabeza á su hijo en presencia de todo el ejército yerto de terror.

Derrota de los Latinos (340). Despues de esta maldad espantosa, consultaron los augures, y cuando los pronósticos parecieron favorables, empeñaron el combate en Veséris, cerca del Vesuvio. El ala izquierda, mandada por Decio, prin-

cipiaba á huir. Habiendo sabido este intrépido guerrero por los sacerdotes que para asegurar la victoria, era necesario ofrecer á los dioses una víctima, se sacrificó al instante precipitándose en medio de los enemigos. Esta accion fanática inflamó el valor de los Romanos y aterrorizó á los Latinos, quienes principiaron á huir al momento. Sus pérdidas fueron inmensas. En vano trataron de reunir los restos de su ejército destruido, el cónsul Torcuato los derrotó nuevamente hácia Trifano, entre Sinuesa y Minturnes.

Conquista definitiva del Lacio. Desde entonces los Romanos se hicieron dueños del pais. Las tierras del Lacio se distribuyeron á la plebe de Roma, como tambien el territorio de Falerno que se extiende en la Campania hasta el Vulturno. El senado dió dos fanegas por cabeza en el Lacio, y mas de tres en la Campania á causa de la distancia. Se exceptuó á Laurencio de este castigo en recompensa de su fidelidad, y mil quinientos soldados de caballería campanios que rehusaron tomar parte en la defeccion, recibieron una renta de 450 dineros. Se concluyó despues la conquista de todas las ciudades del Lacio. Lanuvio, Aricia, Nomento y Pedum fueron gratificados, como en otro tiempo Túsculo, con el derecho de ciudad, pero sin tener el de votacion. La antigua colonia de Velitres fue castigada muy duramente y reemplazada por otra colonia. Igualmente trataron con rigor á Tibur, Prenesto y Ancio. Las galeras de los Anciatos fueron quemadas. Reservaron las espuelas con que decoraron la tribuna de las arenas y de ahí tomó el nombre de *Rostra*.

Así pereció la nacionalidad campania y latina. Habiendo Roma victoriosa aumentado su poder con la toma de Privernes y el sitio de Palépolis, cerca de Nápoles, los Samnitas tuvieron recelo, y se prepararon á hacerle de nuevo la guerra.

§ II. Segunda guerra de los Samnitas (327-319).

Triunfos de los Romanos (327). Entonces estalló mas violento y terrible el odio de los montañeses contra los hombres

de la llanura. Los Latinos, los Campanios y los Apulios siguieron á los Romanos, sus señores; los Samnitas tuvieron en su favor á los Equos, Lucanios, Marsos, Pelignios y todas las tribus de las montañas. Se quejaron al senado de que Roma habia violado su propio territorio al relevar la colonia de les Fregellos, y como los senadores trataron de eludir sus quejas por medio de respuestas evasivas, les replicaron con orgullo: *Tales disputas no se deciden con negociaciones; son las armas y el dios de la guerra los que deben juzgarnos.*

Los Romanos, para responder á esta declaracion de guerra, levantaron un ejército, y eligieron al dictador Papirio Cursor, quien nombró general de la caballería á Fabio Máximo Ruliano. Cuando llegó el momento de entrar en el Samnio, no habiendo parecido favorables los augures, Papirio volvió á tomar el camino de Roma para realizar algunas nuevas ceremonias sagradas, prohibiendo al maestre de la caballería el emprender cosa alguna durante su ausencia. Mas habiendo observado Fabio la negligencia de los Samnitas, creyó que era de su deber no dejar escapar la victoria puesto que se ofrecia á él. Marchó pues contra el enemigo, le derrotó, y anunció su triunfo al senado.

Severidad de Papirio para con Fabio. Al recibir esta noticia el dictador, se indignó de la insubordinacion de Fabio, proclamando por todas partes que su autoridad habia sido desconocida, y que esta victoria seria la ruina de la disciplina militar, si no era castigada. Fabio buscó un refugio contra el peligro que le amenazaba en el afecto de sus soldados. Todos le aseguraron que podia estar tranquilo, y que nadie le pondria la mano mientras que existiesen las legiones romanas. Estas protestas del ejército victorioso no impidieron que el dictador pronunciase la condena de Fabio, y que ordenase á los lictores que ejecutasen su sentencia. Habiéndose opuesto á ello sus tenientes y todos los soldados, evocó la causa ante el pueblo. Sentado en su tribunal, pareció al pronto inflexible. Pero habiéndose echado á sus piés los senadores, los tribunos, todo el pueblo y los magistrados para implorar su clemencia, se dejó enternecer por sus lágrimas, y perdonó á Fabio di-

ciéndole: *Levántate, Fabio, estás perdonado; pero congratúlate de ese concierto unánime de todo un pueblo en defender tu vida, mas bien que de esa victoria con que tu joven corazón se habia ensobrecido locamente (324).*

Abatimiento de los Samnitas (324-321). En los años siguientes los ejércitos romanos obtuvieron aun nuevos triunfos. Los Samnitas consternados se abandonaron á un sombrío abatimiento de ánimo. Recordaban que habian sido los agresores y se echaban en cara su infidelidad. Era, decían, esta violacion de la fe jurada la que les habia acarreado la cólera de los dioses. Creían no poder reconciliarse con ellos sino ofreciéndoles una gran victima. Ya se habian convenido en elegir á Brútulo Papio, uno de los autores de la guerra, y se proponian entregarle á los Romanos. Brútulo se envenenó para economizarles esta atrocidad. No por eso dejaron de hacer al senado su humilde sumision; pero Roma queria reducirlos á la servidumbre, y les rehusó la paz. Entonces Poncio, el jefe de los Samnitas, reanimó el valor de sus conciudadanos, representándoles que los dioses se enternecieron por el paso que habian dado, y que de allí en adelante su cólera se descargaría contra los Romanos, puesto que á su vez se hicieron culpables de impiedad y de perjurio.

Humillacion de los Romanos en las horcas Caudinas (321). Poncio, despues de aquella alocucion viva y poderosa, puso en campaña el ejército de los Samnitas, y le dirigió hácia Caudio, sobre las fronteras de la Campania. Despues hizo correr la voz en el campo romano que los Samnitas sitiaban á Luceria, su aliada. Los Romanos, alarmados por esta noticia, vuelan al socorro de esta plaza por el camino mas corto. El cónsul Postumio no titubeó en meterse con sus legiones en la estrecha y sombría garganta de las horcas Caudinas. Pero cuando entró en ella, encontró cerrada la salida por talas de árboles y enormes pedazos de rocas. Al otro extremo y en su rededor vió al ejército de los Samnitas que le rodeaba y en volvia por todas partes. Todos los soldados romanos, cautivos entre estas detestables montañas, cayeron en un profundo abatimiento, y permanecieron todo el dia sin comer ni dormir.

Durante este tiempo los Samnitas deliberaban acerca de su suerte. El padre de Poncio, el viejo Herenio, les dió el prudente consejo de exterminarlos todos, ó de acordarles un perdon generoso. *Vuestra magnanimidad, decia, hará de ellos unos aliados eternos, ó bien vuestra severidad, privando á Roma de sus mejores defensores, la hará impotente por largo tiempo para vengar sus injurias.* Su consejo fue juzgado demasiado extremo, y no le siguieron. Poncio se decidió á darles la libertad despues de haberles cubierto de vergüenza. Les hizo pues pasar bajo el yugo, desarmados, no teniendo otro vestido que una túnica, y les despidió; con lo cual no consiguió otra cosa que encender en sus corazones la mas violenta cólera.

Venganza de los Romanos. Así es que apenas todos estos bravos guerreros entraron en Roma, Postumio dijo delante del pueblo: *El tratado que hemos firmado es una vergüenza para Roma. Nosotros solos seremos responsables de él: abandonadnos y volved á principiar la guerra.* Todo el pueblo aplaudió á este bello sacrificio, y los feciales condujeron al enemigo, las manos atadas detrás de las espaldas, á todos los que habian jurado la observancia del tratado. Teniendo el alguacil algun miramiento por Postumio con motivo de su dignidad: *Aprieta, aprieta, le dice, para que sepan que yo soy un cautivo que va á ser entregado con los piés y manos atados.* Habiendo llegado cerca de Poncio, cuando el fecial entregó los autores del tratado, Postumio dió al fecial con la rodilla, diciendo en alta voz que era Samnita, y que violaba el derecho de gentes insultándole, para que los Romanos tuviesen un motivo mas justo de guerra.

El general reclamó en vano contra esta escena de mentira y engaño; las hostilidades se principiaron de nuevo, y es de sentir que la victoria favoreciese á los perjuros. Los Samnitas fueron vencidos y sitiados en Luceria. Habiéndoles obligado el hambre á rendirse, pasaron á su vez bajo el yugo, desarmados, teniendo solamente la simple túnica, y recibiendo de este modo la afrenta que habian imaginado para cubrir de ignominia al soldado romano (319).

§ III. Tercera guerra de los Samnitas (313-300).

Alianza de los Samnitas con los Etruscos, los Ombrios y los Hérmicos. Roma, despues de esta última victoria, concedió á los Samnitas una tregua de dos años. Empleó este tiempo de descanso en fundar colonias en la parte de la Apulia y de la Campania que acababa de conquistar. Los Samnitas, por su parte, que habian combatido solos hasta entonces, volvieron sus ojos hácia el norte de la Italia, y buscaron con cuidado la alianza de los Etruscos. Este pueblo, que se creia haber llegado á la decadencia de la vida, se despertó de repente junto al féretro, se agitó en convulsiones extrañas, y se lanzó contra Roma con sombría desesperacion, como si hubiese querido luchar contra su fatal destino.

Fabio entra en el bosque Ciminiano. El senado envió contra ellos un poderoso ejército bajo las órdenes de Fabio. Despues de algunos combates de poca importancia, el ilustre cónsul libertó la ciudad de Sutrio que habian sitiado. Entonces sus tropas se refugiaron desordenadamente en el bosque Ciminiano. Este bosque era impenetrable y de un aspecto horroroso. Los Romanos no se atrevian á entrar en él, temiendo encontrar otras *horcas caudinas* en aquellos desfiladeros estrechos y tortuosos. Habiendo hecho explorar Fabio el terreno por su hermano Marco ó Cæso, distrajo al enemigo con vanas paradas, é hizo marchar al anochecer los bagajes y las legiones. Ya era dueño de la Etruria, cuando recibió del senado la orden de no meterse en medio de aquella selva que le separaba de las tierras de los enemigos. Prosiguió pues sus triunfos, derrotó un destacamento de gentes del campo que quisieron detenerle en su marcha, destruyó cerca de Perugia un ejército de Ombrios, é introdujo de tal modo el desaliento y la consternacion en las grandes ciudades de la Etruria, que enviaron á pedir la paz al pueblo romano, y se les concedió una tregua de treinta años.

Desgracia en el Samnio. Dictadura de Papirio (309). Sin embargo se esparció el rumor en el Samnio de que Fabio habia

sido derrotado en el bosque Ciminiano. Esta nueva desgracia consternó el corazón de todos los Romanos, y el colega de Fabio, Marcio Rutilio, se había dejado vencer por los Samnitas, que se exaltaron con este pretendido triunfo. El senado, inquieto por tal desastre, eligió dictador á Papirio Cursor. El Aquiles romano, á pesar de su avanzada edad, recibió con confianza el mando del ejército, y anunció de antemano con orgullo la derrota de los Etruscos y de los Samnitas. Encontró á los primeros cerca del lago Vadimon. Jamás los Etruscos parecieron tan numerosos ni ardientes bajo los estandartes. Todos los valientes del ejército tenían sus compañeros de armas, y sacrificaron todos los cobardes á los dioses infernales. Se desplegó por una y otra parte, dice Tito Livio, tal furor, que ni aun tuvieron por oportuno el emplear las armas arrojadas. Al momento se batieron con la espada. Las dos primeras líneas del ejército romano quedaron destruidas, y fue preciso que la caballería se apease para salvar á las legiones. La impetuosidad de estos nuevos guerreros decidió la victoria. Hicieron huir á los Etruscos, y les mataron tanta gente que nunca esta nación pudo después reparar tal desastre.

Papirio no fue menos dichoso en el Samnio. Los Samnitas tuvieron la ocurrencia de ofuscar á sus enemigos por el brillo de sus vestidos y de su armadura. Tenían el pecho cubierto con una cota de malla tejida á manera de esponja, la pierna izquierda protegida por un borcegui de hierro, el casco realzado con un penacho largo, y los ámbitos de sus escudos estaban embutidos de oro y plata. Pero los Romanos, acostumbrados á no temer sino el hierro, se rieron de la loca ostentación de los Samnitas. Destruyeron sus batallones al primer choque, se enriquecieron con sus brillantes despojos, y vinieron á hacer su trofeo en Roma, en donde sirvieron de decoración al rededor del Foro (309).

Triunfos de Fabio en Etruria. Habiéndose unido los vencidos á los Marsos, Pelignios y Ombrios, Fabio, cuyo consulado fue prorogado, subyugó sucesivamente todas estas pequeñas naciones. Después de haberlas sometido, se apresuró

á unirse con su colega Decio en la Ombria, donde obtuvo una nueva victoria. De allí volvió el Samnio, en el que los Equos y Hérmicos volvieron de nuevo á encender la guerra mezclándose con el ejército de los Samnitas. Se dió una gran batalla cerca de Alifés, y Fabio quedó nuevamente victorioso (309-307).

Sumision definitiva de los Equos y Hérmicos. La parte que los Equos y los Hérmicos tomaron en este último combate produjo una pesquisa del senado que les incitó á la rebelion. Los Hérmicos, después de haber obtenido muchas ventajas sobre los ejércitos romanos, fueron por último vencidos en Anagnia, su capital (306). Destruyeron sus ciudades, les quitaron su territorio, y les privaron de su independencia municipal. Entre tanto, habiendo pedido la paz los Marsos, los Pelignios y los Samnitas, el senado se la concedió, sin imponerles mas condicion que la de reconocer la majestad del nombre romano y de respetar todos sus derechos. Entonces los Equos, quedando solos, no fueron sino una presa entregada á la codicia del pueblo romano y á la venganza de sus legiones. En cincuenta dias tomaron y quemaron cuarenta y un pueblos, confiscaron parte de sus tierras, y solamente les dejaron el privilegio oneroso del derecho de ciudad, después de haberles privado del derecho de sufragio.

§ IV. Cuarta guerra de los Samnitas. Sumision de este pueblo y de los Galos Senones (300-334).

Devastacion del Samnio (297). Ninguna tregua podia ser duradera y sincera entre los Romanos y los Samnitas. La lucha habia venido á ser para estos dos pueblos una cuestion de vida ó muerte. Apio decia en pleno senado que la república romana no podia tener otros límites que la Italia. Las legiones fueron pues, después de algunos años de descanso, á hacer la guerra á Etruria. Durante este tiempo los Samnitas se sublevaron y volvieron á principiar las hostilidades. Los dos cónsules Fabio y Decio penetraron en su país cada uno con un ejército, é hicieron en él por espacio de cinco meses

una guerra de saqueo y de exterminio. Decio ocupó cuarenta y cinco campamentos y Fabio ochenta y seis, todos fáciles de reconocer, dice Tito Livio, menos aun por los vestigios de los fosos y parapetos que por la despoblacion completa y entera devastacion de los lugares circunvecinos.

Alianza de los Samnitas con los Etruscos, Galos y Ombrios (296). Los Samnitas, desesperados, se desterraron y tomaron el camino de la Etruria con la esperanza de sublevar toda las grandes ciudades de esta comarca contra la ambicion romana. *Vosotros sois los únicos que podeis salvar la Italia, dice su embajador al consejo de los Lucomones, conocemos vuestro valor, vuestras fuerzas y riquezas; en vano hemos intentado libertarnos de la esclavitud, sois nuestra última esperanza.* A estas palabras todos los Etruscos corrieron á las armas, y su ejemplo fue imitado por los Ombrios, sus vecinos. Los Samnitas, para asegurar el éxito de esta coalicion, proponen comprar á fuerza de dinero la alianza de los Galos, y enviaron embajadores á Sena, Bononia y Milan con el objeto de tratar con estas diversas tribus de la Galia Cisalpina.

Temor de los Romanos. Cuando se supo en Roma este formidable armamento, todos quedaron abatidos y consternados. El nombre Galo llenaba al pueblo de las mas vivas alarmas. En todas partes se referian una multitud de prodigios aciagos que se habian manifestado: la estatua de la Victoria habia bajado de su pedestal, como si hubiese querido abandonar la ciudad. Sin embargo el temor no impedia los alistamientos; los viejos y los jóvenes, todos formaban compañías particulares, y se comprometian á verter hasta la última gota de su sangre por la patria. Eligieron por cónsules á Fabio y Decio, cuyos nombres recordaban tan grandes triunfos. Fabio, á fuerza de hacerse superior á las aprensiones de la multitud, vino á ser presumido. Al llegar al campo en medio del ejército, diseminó las legiones por todas partes, sin pensar en establecerlas en posiciones fuertes é inexpugnables. El senado, inquieto al ver tal temeridad, le llamó á Roma, para hacerle dar cuenta de su conducta. Se aceptó su justificacion; pero con grande satisfaccion del pueblo, se le asoció su colega Decio.

Batalla de Sentino (295). Habiendo pasado los dos cónsules el Apenino, acamparon en el territorio de Sentino, á cuatro millas de los enemigos poco mas ó menos. Los Galo-Samnitas, al cabo de dos días de perplejidad, desplegaron sus compañías y ofrecieron la batalla. Fabio se colocó á la derecha del ejército, frente por frente de los Samnitas, y Decio á la izquierda, en frente de los Galos. El combate se sostuvo al principio con tanta igualdad, que si los Ombrios y los Etruscos hubiesen atacado al ejército romano, hubieran obtenido la victoria. Mas aunque los Romanos solo se batieron con parte de la confederacion, ya su ala izquierda huía atemorizada, cuando Decio, imitando el sacrificio de su padre, se precipitó en medio de los enemigos y apaciguó la cólera de los dioses por el sacrificio de su vida. Sus soldados, enternecidos al ver tal heroismo, volvieron al combate animados por un valor supersticioso y derrotaron á los enemigos. El desastre de Sentino destruyó la temible coalicion que habia esparcido el terror en Roma. Habiendo solicitado y obtenido los Etruscos una tregua, toda la guerra se concentró en el Samnio.

Sumision de los Samnitas (290). Los Samnitas, despues de haber conseguido señaladas ventajas sobre muchos ejércitos romanos, se decidieron á hacer un gran esfuerzo. Llamaron á toda la juventud del Samnio para que tomase las armas, y le dieron cita en Aquilonia. En ella se reunieron cuarenta mil guerreros, todos resueltos á morir por su pais. Hicieron en medio del campo una cerca de doscientos piés cuadrados, que cerraron cuidadosamente con tablas cubiertas de lino. Allí celebraron un sacrificio en las formas prescritas por un antiguo ritual escrito sobre telas de lino. En este recinto cubierto con un velo impenetrable, el viejo sacrificador, Ovio Paccio, habia hecho erigir altares rodeados de víctimas sangrientas y de centuriones que estaban de pié con la espada en la mano. Cada guerrero, despues de haber pronunciado sobre este altar horribles imprecaciones contra él mismo, juraba combatir hasta la muerte y matar á aquel que viere huir. Este cuerpo fue llamado la *legion del lino (linteata)*, y no olvidó su juramento.

Habiendo venido á atacarles los Romanos bajo el mando de Papirio Cursor, aquellos héroes se batieron como leones, y se hicieron degollar hasta el último. Esta fue la última gran batalla que dieron los Samnitas. Aquilonia y Cominio cayeron en poder de los vencedores. Una infinidad de aldeas fueron despobladas é incendiadas. Curio Dentato recibió la orden de concluir la devastacion principiada por Fabio y Decio. Habiéndose dispersado en los Apeninos los Samnitas que sobrevivieron á la ruina de su patria, los Romanos los persiguieron como si fueran animales monteses en su último asilo, y ahogaron mas de dos mil poniendo fuego á una caverna en que se habian refugiado.

Sumision de los Galos Senones (284). Despues los ejércitos romanos llevaron la guerra á la Etruria. Ya muchas ciudades etruscas habian hecho la paz particular con el senado, cuando los Galos Senones ofrecieron su socorro á las que habian rehusado deponer las armas. Estos bárbaros principiaron las hostilidades por el sitio de Arezio (*Arezzo*). Habiéndoles enviado embajadores los Romanos, les asesinaron y dispersaron sus miembros desgarrados en rededor de las murallas de la ciudad sitiada. Esta monstruosa crueldad horrorizó al senado. Al momento puso en campaña dos ejércitos, mandados, uno por Dolabella, y otro por Metello. Dolabella arrasó su territorio; mas Metello, al atacar su campo, se hizo degollar con sus trece mil soldados.

Este suceso habia inspirado á los Galos las mejores esperanzas. *Es á Roma, exclamaban, adonde debemos ir: los Galos saben tomarla.* Se pusieron en marcha, y encontraron al ejército de Dolabella cerca del lago Vadimon. En esta ocasion los bárbaros hicieron todavía prodigios de valor, mas la suerte no favoreció su ánimo; fueron vencidos completamente. Dolabella hizo matar á todos, y devastó todas sus posesiones. Hombres y mujeres, niños y viejos, nadie fue perdonado. Se estableció una colonia romana en Sena, su ciudad capital, y la república extendió sus fronteras hácia el norte hasta el Rubicon.

CAPITULO II.

Guerras de Pirro. Conquista de la Italia meridional (1).

(283-264.)

Roma, despues de la guerra de los Samnitas, llamada á conquistar el mundo, marcha á pasos agigantados hácia el cumplimiento de su mision. Le fue preciso medio siglo de esfuerzos para someter las poblaciones belicosas de las montañas y conquistar la Italia central. Mas al mediodia va á encontrar enemigos ménos peligrosos y terribles: son los Griegos á quienes el lujo y las riquezas han enervado hace mucho tiempo. A la verdad Pirro, al prestar su apoyo á estos pueblos regalados, da á esta guerra un carácter grave y serio. Aun triunfa durante algun tiempo del valor de los Romanos, mas les instruye por medio de sus victorias. Con un enemigo que tenia tanta experiencia, vinieron á ser, dice San Evremont, mas industriosos y mas ilustrados que antes. Encontraron el medio de garantizarse de los elefantes, que desordenaron las legiones en el primer combate; evitaron las llanuras, y buscaron sitios ventajosos contra una caballería que habian despreciado sin razon. Aprendieron á formar su campo como el de Pirro, despues de haber admirado el orden y la distincion de sus tropas, mientras que entre ellos todo era confusion.

§ I. Primera guerra de Pirro (283 -278).

Estado de la Italia meridional. Los Romanos, dueños de la Italia central, comenzaron á entrar en relaciones con los Griegos. Hacia cerca de medio siglo que el imperio formado en Oriente por la espada de Alejandro se agitaba en el seno de la anarquía, despues de haberse dividido en una multitud de reinos efímeros. En medio de estas incesantes revoluciones, todos ambicionaban el soberano poder y esperaban cense-

(1) AUTORES QUE SE PUEDEN CONSULTAR: Plutarco, *Vida de Pirro*. Freinsheimio, *Suplemento de Tito Livio*, lib. XII, XIII y XIV. Ha reasumido perfectamente todos los autores antiguos. Véanse aun entre los modernos á Rollin, Michelet, Dumont, etc.